

---

# HUMANISMO Y MORADA



*Francisco Alvarez*  
Profesor emérito. Departamento de Filosofía. UNA

El nombre de este coloquio, Humanismo y Medio Ambiente, hubiera podido también servir de título a mi último libro en que recojo lo fundamental de mi sistema filosófico, las *Reflexiones sobre la vida humana*. Reflexionar sobre la vida humana es lo que la filosofía ha venido haciendo, cada vez con mayor pulcritud y hondura, a partir de la época del Renacimiento.

Más que hacer nacer de nuevo, que es lo que rutinaria y reiteradamente se dice, lo que el Renacimiento hace en innovar. Vuelve de revés lo que había venido primando desde la antigüedad: lo general, lo finito y el reposo y en su lugar, ensalza como solo y verdaderamente reales a sus contrarios: lo individual, lo infinito y el movimiento. Y para remate, en el centro de su atención, como diana a la que vuela la mirada del arquero que tiende el arco con su flecha, no está tanto como para los antiguos, la *physis*, la naturaleza, ni como para los medievales el ser supremo, esto es, Dios, sino, pura y sencillamente, este ser que somos cada uno de nosotros, esto es, el Hombre. En suma: la filosofía, que en la época clásica había sido fundamentalmente física o cosmología y en los mil años, más o menos, de Edad Media, teología, conviértase ahora, del Renacimiento hacia acá, en antropología.

Por eso, a mi juicio, quienes mejor que nadie simbolizan el espíritu del Renacimiento, de estos tiempos nuevos que asisten al ocaso de una edad y a la aurora de otra que, ahora, con grandes bríos e ilusiones comienza, son los humanistas, gentes como Erasmo, como Luis Vives, como Tomás Moro, como Enrique de Hutten, como Melanchton, como Guillermo Budeo, etc., etc. Podrán, por aquello de que no se puede de la noche a la mañana romper en forma definitiva con el pasado, seguir muchos de ellos enfrascados en cuestiones teológicas y seguir usando, como muletas con que se facilita la dura faena de pensar, los viejos conceptos acuñados por los filósofos de la antigüedad, pero no es eso lo que les caracteriza con el mayor rigor, sino la preocupación por el hombre.

A este sesgo, el título de una de las obras del italiano Pico De La Mirandola es muy significativo: *De hominis dignitate*. El hombre, por lo visto ahora, adquiere un rango, una dignidad entre el resto de las innumerables cosas que están ahí, en torno y frente a él, que le va a convertir en objeto principalísimo de la atención de los filósofos. Si quien se preocupa por las cosas de la *physis* es un naturalista, todo aquel que fija con especial deleite su mirada en el hombre, merece el apelativo de humanista y el saber que con su mirada atenta adquiere, cabe calificarlo de humanismo.

Rizando el rizo, pues, a esto iba: a que mis *Reflexiones sobre la vida humana*, por lo mismo que lo son, principalmente, sobre el hombre, encajan y es más, se identifican con lo que por tradición ha sido el humanismo, que es justo el tema de este coloquio. Queda, sin embargo, para efectos de la equiparación perfecta entre obra filosófica y coloquio, hacer una referencia a esto del *Medio Ambiente*.

La expresión *medio ambiente* es equivalente -solo claro es, hasta cierto punto- a la francesa *milieu*, a la inglesa *environment* o a la alemana *Umwelt*. El *milieu* francés es el medio, entendido por tal, en forma peraltada y principal, el medio o contorno físico, el paisaje, el clima, la temperie, esto es, el frío o el calor, lo seco o lo húmedo, lo árido y estepario o lo boscoso, los valles y las montañas empinadas que los encierran o los bajíos y llanos litorales a orillas de la mar.

Los franceses del siglo decimonono fueron proclives a realzar la importancia del *milieu*, para la comprensión de la cultura en general, esto es, de cuanto los pueblos van haciendo históricamente, con el pasar del tiempo. *Le milieu*, a saber, algo entendido como acabamos de ver en su aspecto de preferencia físico o geográfico, condicionaba la aparición de fenómenos culturales con un cierto estilo, es decir, contribuía a explicar las modalidades diversas del espíritu. Si el francés era crítico y filósofo, como Hipólito Taine, esbozaba entonces, con el auxilio de esa realidad designada por el término *milieu*, una filosofía de la historia naturalista, en donde, como decíamos, la cultura, es decir, el mundo del espíritu, se explicaba por medio *du milieu*, esto es, por medio del medio.

Y si no era filósofo sino escritor, novelista por ejemplo, echaba mano del medio social en que consumían sus vidas sus personajes para explicar la manera de ser de éstos y dar razón de sus valoraciones y formas de comportamiento. Si ese *medio* social era la burguesía, que estaba por entonces orgullosa de sí y un tanto ensoberbecida por haber logrado al fin suplantar a los poderes por entonces ya menguantes de la aristocracia y de la clerecía, en él, como escenario de fondo, desarrollábanse las peripecias de los héroes de Honorato de Balzac o de Gustavo Flaubert. Fue la *belle époque* del *realismo*. Y si ese marco, o *milieu*, eran de preferencia, los *bajos* fondos de la sociedad, los más pobres, los humillados y ofendidos, quienes se abrasaban las vidas en él eran, por lo común, los protagonistas de las novelas de Emile Zola, de Huysmann o de tantos otros hasta nuestros días. Fueron los tiempos, ahora no tan bellos, del crudo naturalismo.

El *environment* inglés, es la cercanía del medio ambiente, el entorno. William James tiene una obra que titula *Great Men and their environment*, en la que, para el estudio de los fenómenos psíquicos, considera imprescindible tener en cuenta el *physical environment*. No se puede seguir, concluye, a la manera de la psicología clásica, considerando el alma como una sustancia espiritual absoluta con ciertas potencias, las llamadas facultades, encargadas de llevar a cabo determinadas funciones. Para entender, pues, en buena medida al yo, diríamos, hay que no dejar de entender y mirar al *entorno*.

El término alemán *Umwelt*, mundo en derredor o mundo en torno, comenzó a ser usado filosóficamente por Husserl en sus *Ideas*, si bien antes, un biólogo alemán, Jacob Von Uexküll, lo usó para hacer hincapié en que no hay un mundo en derredor único, sino que cada especie tiene un *Umwelt*, en función de ese otro mundo que es el interior de cada animal, el *Innenwelt* y el *Bauplan* o plan estructural de cada especie. Añado, que

el *Umwelt* de Husserl difiere del *milieu* francés, del *environment* inglés y del *medio ambiente* español en el sentido de que no hace referencia solamente al medio geográfico, al paisaje, al clima, etc.; es decir, al medio físico, sino que se hace extensivo a los bienes, a los valores, al mundo práctico, al mundo en general de la cultura.

No solo nos hallamos instalados en medio de ciertas cosas, sino, a la par, en medio de unos hombres que valoran, piensan y sienten en determinadas formas y que, a lo largo del tiempo, en función de esa manera de ser, han ido creando unas ciertas instituciones, ciertos bienes culturales, ciencia, arte, filosofía, moral, religión, que difieren con seguridad de lo creado por otros pueblos diferentes. Diferentes, claro es, aparte quizás por otras cosas, por su *Umwelt*.

Fijense ahora todos ustedes en esto: todas y cada una de esas expresiones, *milieu*, *environment*, *Umwelt* o *medio ambiente*, cualesquiera que puedan ser sus matices, coinciden en algo fundamental: son realidades curiosas que, para ser lo que son, necesitan de la existencia junto a ellas de algo extraño. Tienen, pues, un cierto significado relativo, cuya plenitud de sentido solo se logra merced a otra cosa, no solo distinta sino, en la mayoría de los casos, opuesta. Así acontece con los significados de términos como derecho o izquierdo, que hacen siempre referencia a sus contrarios; o con los de alto y bajo, grueso y delgado, etc.

Es claro que aquellos términos, tantas veces ya nombrados, exigen la existencia de algo para ser lo que son. Para ser medio o entorno o mundo en derredor debe de haber un centro alrededor del cual aquellos puedan exhibir su cualidad de *medio ambiente*, de *milieu*, de *environment* o de *Umwelt*. Ese centro, ni que decir tiene, no es en estos casos otro que un *yo* o un *quién*. Como no hay circunferencia sin un centro, no hay medio ambiente sin unos hombres en torno a los cuales ese medio ambiente se despliega. Pero es el caso que igual cosa podemos decir en sentido contrario, esto es, que si la circunferencia con su bella curva geoméricamente perfecta, exige y nos remite por necesidad a un centro, éste, a su vez, dejaría de ser lo que es sin su línea graciosa que en torno de él se cierra.

Sería un error muy grave, sin embargo, interpretar lo que acabo de decir en el sentido de que el medio ambiente requiere de un *quién*, así como cada *quién* exige de igual forma en torno de sí un medio ambiente. O, para aclarar aún mejor con el ejemplo, últimamente citado, que el centro de la circunferencia exige la presencia de la línea curva cerrada constituida por puntos equidistantes de aquel, así como esta línea reclama la presencia del centro.

Así dichas las cosas, centro y línea combada o *medio ambiente* y *quienes*, serían cada uno por sí, seres distintos los unos de los otros. Unidos darían lugar a un ser compuesto. La circunferencia sería el resultado de la suma de un centro y de la grácil curva que en torno de él escorza y ciñe. Y en el caso que ahora más nos interesa, un *quién* y un *medio ambiente* constituirán.... ¿Qué constituirán? Pareciera que no existe, como tratándose de la circunferencia, un término para designar lo uno y lo otro. Y, sin embargo, sí lo hay: designémoslo con la expresión *vida humana*.

Aclaremos más aún: en una máquina sus partes preceden al todo, en los seres orgánicos ocurre en buena medida al revés, como ya desde muy antiguo advirtió

Aristóteles. Pero, aparte las diferencias entre lo orgánico y lo inorgánico, las partes tanto de lo uno como de lo otro, se pueden separar y seguir teniendo una existencia independiente. En la circunferencia, centro y curva no la preceden. Ni, como en lo orgánico, primero es el todo -en este caso la circunferencia- y luego éste genera y crea sus partes, esto es, curva y centro. Y *mutatis mutandis* cosa parecida cabría decir de la vida humana, aparte el abismo entre ésta y la más bella y perfecta figura geométrica, según los pitagóricos. De donde concluimos que *centro y curva* o *quién y medio ambiente*, no son partes de entidades más complejas, circunferencia o *vida humana*, sino momentos de éstas, lo que es equivalente a decir que no son realidades separadas, con posible existencia independiente.

Ya es hora que en este comentario sobre la proximidad entre este coloquio y mis *Reflexiones sobre la vida humana*, introduzca un nuevo término, que no es ninguno de los utilizados hasta ahora como contrapuestos y, a un tiempo, haciendo siempre compañía al hombre; me refiero al término *circunstancia*. Expresa mejor que *milieu, environment, Umwelt o medio ambiente*, aquello con que cada quién se encuentra al encontrarse con que da la casualidad que existe. Vivir supone un doble encuentro o, si queréis, una especie de encuentro por partida doble. En efecto: vivir es encontrarse viviendo. Y como este primer encuentro va acompañado del sentimiento de que no hay razón alguna para que así sea, de que es por ende, por casualidad, que existo, como decía, cabe hablar del hecho bruto de existir.

Pero a la vez que me encuentro con la sinrazón de mi existencia, me topo también con un sinnúmero de cosas que me son dadas. Todo ese sinnúmero de cosas es lo que se resume a cabalidad en el término *circunstancia*, mejor que con aquellos otros a que nos hemos referido. La circunstancia es, pues, el segundo encuentro; segundo más bien en un sentido lógico, puesto que, desde un punto de vista cronológico, ambos encuentros son simultáneos. Justo me encuentro viviendo porque me encuentro con una multitud de cosas que, en sentido figurado, me circundan y si no me encontrara con éstas tampoco tendría la más mínima noción de mi propia existencia. Son ingredientes, pues, de toda vida humana o, con mayor exactitud terminológica, momentos, esto es, partes no separables de un todo, un *quién* y una *circunstancia*. El *quién* es un hombre y si en lugar de circunstancia se dice medio ambiente, ahí tenéis la analogía entre el coloquio que hoy inauguramos y mi libro constituido por una serie de reflexiones sobre la vida humana como realidad radical.

Filosofar es más ahondar que abarcar, más un profundizar por los estresijos escondidos y ocultos de las cosas que un pretender abarcar muchas de éstas con la mirada. Reflexionemos pues, un poco sobre el *quién* y la *circunstancia*.

Lo primero que nos llama la atención es que uno y otra no están ahí, por así decir, frente a frente, sin más, en forma, por alguna manera llamar, estática. Ahora ya no sirve la analogía de la circunferencia. En este caso, puesto centro y curva de una cierta modalidad la circunferencia ya está. Tratándose de la vida humana todo es distinto: el *quién*, ante la circunstancia con que se encuentra, no se planta ahí, por decir de alguna forma, ante ella, sino que actúa. Si el *quién* no actuara en vista o en función de la circunstancia, no habría tampoco vida humana, ni siquiera vida animal o biológica. De donde en cierta manera puede decirse que la vida humana *va siendo* -para hablar de la vida en lugar de participios hay más bien que emplear los gerundios- como resultado de

esta retahila de acciones que cada quién ejecuta, de la cuna a la sepultura, esto es, de estos dos hechos que son los únicos que, con propiedad, él no ejecuta.

Mientras vivo hago infinidad de cosas, pero no mi nacimiento ni mi muerte; más que hacerlos, me sorprenden. Pero si la vida es *estar haciendo*, eso quiere decir que la vida es esencialmente histórica. Si se hace, eso significa también que no es ya, y aún menos, lo que ya era, que es precisamente como Aristóteles define la sustancia: *to ti en einai*, esto es, lo que ya era ser. En conclusión: la vida no es sustancia sino historia. Ni que decir tiene que cuando yo aquí hablo de *vida* no me estoy refiriendo a la vida biológica, sino a la vida como lo que nos vamos haciendo con nuestros actos, a la vida biográfica.

Me parece excelente, pues, que quienes van a participar en este coloquio estén preocupados por el humanismo y por el medio ambiente o, más a mi manera propia de decir, por el hombre y su circunstancia. Solo que, en el afán de encontrar analogías, que como ustedes habrán caído en cuenta, es lo que hasta ahora he hecho, no debemos incurrir en el extremo de disimular las grandes diferencias que, con toda probabilidad, hay entre el pensamiento que se adivina a través del temario del coloquio y mis reflexiones sobre la vida humana.

Recuerden la distancia que había entre el *milieu* francés, tal como lo concebía H. Taine y el *Umwelt* alemán pensado por Husserl. El primero era un entorno bucólico, pastoril, hecho de paisaje, clima y temperie. El segundo era más bien contorno humano, instituciones, valores, ciencia, filosofía, cultura, en suma. Pues bien: yo sospecho que el medio ambiente de ustedes tiene más de *milieu* que de *Umwelt* y, por supuesto, a veces, en lugar de *medio ambiente* dicen más bien *naturaleza*. Pero, claro es, naturaleza física, no naturaleza espíritu o cultura. Para mí, ésta, el entorno humano, es mucho más importante para la vida de cada quién que no el entorno físico, *milieu* o medio ambiente.

Pero hay más: la circunstancia, en mi concepción de la vida humana, no es algo ahí situado frente a mí, independiente, sino que, como ya he apuntado, es un momento de la vida. El otro momento es el yo. De tal manera que, aunque en la expresión resulte un tanto paradójica, no cabe decir en propiedad que yo tengo la vida, sino que ésta me contiene o tiene a mí, como uno de sus momentos; el otro, es precisamente, la circunstancia.

La vida humana posee esos dos ingredientes o momentos que son yo y una circunstancia. De ahí, la conocida fórmula de Ortega «yo soy yo y mi circunstancia». El primer yo es la vida, la vida humana, la vida biográfica, la que en suma, cada yo, cada quién va poco a poco tejiendo en su forzado y continuo quehacer con la circunstancia en que, por el hecho de encontrarse viviendo, se haya inmerso. Yo y circunstancia, son pues, correlativos. No dos realidades sustantivas, ya que para poder serlo, tal como sentenciaban Descartes y Espinoza «no necesitarían de ninguna otra cosa para ser», siendo así que no se puede ser circunstancia sin un *quién* para el cual serlo y, a su vez, todo *quién* por el hecho de encontrarse existiendo, encuéntrase también, de toda necesidad, con una concreta circunstancia.

Pero hay todavía algo más: para mí, la circunstancia, aún considerada en su aspecto de *milieu*, de medio ambiente, de naturaleza física en suma, nunca lo es en

propiedad de una manera plena y siempre está empapada de humanidad o, de otra manera dicho, siempre lleva la impronta o la huella del hombre cuya circunstancia es. Solo en el realismo extremo cabe concebir la naturaleza como en un cien por cien naturaleza, esto es, naturaleza no contaminada con una pizca de humanidad.

Los filósofos que me oyen saben muy bien que ciertas propiedades de las cosas, que se bautizaron con el nombre de cualidades secundarias, tales como, por ejemplo, el color, el olor, los sentidos, los sabores, etc.; no son propiamente notas que correspondan a las cosas percibidas. Y así, un Locke o un Descartes, valga por caso, desvisten o despojan a las cosas de su riquísimo ropaje de notas sensoriales y las reducen a ser sólo extensión y movimiento. Pero es claro que el valle cubierto de verde floresta, de amenos prados, con el río que serpenteando se va abriendo su paso por él, o las grises y violáceas montañas que dibujan nítida la línea irregular de sus cresterías y cimas sobre el fondo azul del cielo, o el mar, con el eterno romper de sus olas sobre los recios acantilados basálticos, y el verdor y humedad de la jungla, etc., etc.; es decir, *le milieu*, el medio ambiente o las circunstancias físicas a que estamos acostumbrados son mucho más que mera extensión y movimiento.

Para un biólogo como Jacob Von Uexküll, cada especie animal tiene su propio *Umwelt*, esto es, su propio medio ambiente o su propia circunstancia. A mayor abundamiento: recuerden que un Heidegger, por ejemplo, habló que las cosas, tales como primariamente nos son dadas en la vida, más que eso, a saber, cosas, seres, entes, son útiles y como éstos lo son para ser manejados por las manos del hombre, de ahí que pudo hablar de *un mundo a la mano*. Nada es útil sino porque lo aprehendemos como algo susceptible de satisfacer alguna necesidad nuestra. Y es claro que, para hacerlo, ni siquiera necesitaba haber sido elaborado por el hombre y convertido así en un objeto de artefacto.

Desde las más remotas épocas el primitivo contemplaba las nubes redondas, grisáceas y viajeras como signo o señal de fuertes aguaceros o aquel árbol torcido como punto por donde introducirse más cómodamente por el bosque para llegar a la orilla del río o el risco aquel de la montaña como lugar también más accesible por donde atravesar la serranía para acceder al valle que se desparrama al otro lado, y así sucesivamente. Nada es natural puro o pura naturaleza y todo más bien hállase impregnado de humanidad. Lo más cercano a la mano del hombre y asimismo también lo más lejano. Ese mismo primitivo, tumbado en el suelo, en la noche estival, vueltos los ojos hacia el firmamento e imantada su mirada por el misterioso titilar de las estrellas, no tanto ve puntos luminosos como constelaciones, Orión, la Cruz del Sur, Sagitario o las Pléyades. ¿Es todo eso natural o no es más bien un espectáculo en que el hombre ha estampado su firma?

El mundo, ese mundo que las gentes denominan objetivo, como si con ese adjetivo quisieran señalar que nada tiene que ver con el hombre, en realidad es fruto de una interpretación que quienes le precedieron en el tiempo han ido haciendo de él. Así como el verdín o cardenillo va cubriendo las paredes de las casas vetustas en climas de calor y humedad o también la superficie de aguas estancadas, de igual manera los hombres han ido vistiendo a las cosas, a lo largo de las edades, con el flamante traje de variadas interpretaciones y ahora las contemplamos, como seres sociales y herederos que somos, con ese ropaje que los antepasados pusieron en ellas.

Ven uds. por ejemplo, una pera y he ahí que enuncian para sus adentros un juicio

que más o menos dice así: «una sabrosa fruta para comer». Pero, en su lenguaje mudo, por no haberle podido enseñar nadie uno cualquiera, ¿qué podría decirse el bueno e inocente de Adán al ver por primera vez la manzana? ¿Qué idea podría tener de fruto? ¿Cómo es que sabía que aquello servía para comer o simplemente para placer y regodeo del gusto y no más bien las verdes hojas tiernas, las rosadas florecillas y hasta las tiesas y duras ramas del manzano?

Aún poniéndonos en el punto de vista del más radical realista ingenuo, ¿qué tiene de parecido el mundo, el medio ambiente, el *Umwelt*, la circunstancia, de Adán, el primer hombre y, en calidad de tal, el único no heredero, para quién las cosas estaban vírgenes de interpretaciones y el mundo de cualquiera de los innumerables hombres que desde entonces hemos sido? Me atrevería a decir que el parecido es nulo y que, por ende, aunque a primera vista parezca escandaloso, en el que de nuestras percepciones actuales, aparte objetos y sentidos, intervienen aquellos que nos precedieron en el tiempo. Esto los psicólogos o los teóricos del conocimiento no lo dicen, mas no por ello deja de ser un hecho absolutamente cierto.

Por no haberlo visto jamás ni él ni ningún otro de los miembros de su tribu, y por no existir, pues, interpretación alguna de él, el buen salvaje de Nueva Guinea o del corazón de la selva amazónica es incapaz de percibir un libro. En toda percepción es un hecho que mudos, esto, sin necesidad de ser expresados verbalmente, laten algunos juicios, los que he llamado *interpretaciones*, que nos permiten identificar a tales cosas como tales cosas y no otras. Cuando, como en el caso de Adán, obviamente tales interpretaciones no existen, el hombre abre y pone en redondo sus ojos y, con aire y gesto de sorpresa, pregunta: ¿qué es esto? Empleando el lenguaje de los psicólogos diría que hay entonces sensaciones variadas pero no propiamente la percepción de una cosa concreta. A lo más la percepción de *un algo*, pero no de tal cosa determinada. Y, de ahí, el *qué*, a saber, ¿qué es esto?

Como ven, he tratado de argumentar para intentar demostrarles que para mí no existe el *milieu*, el *Umwelt*, el medio ambiente como si se tratase de una realidad que, por ser precisamente lo otro que el hombre, no está contaminada de humanidad. Hegel decía que la naturaleza es idea en su otroidad, idea en la manera opuesta a ser idea, pero, en el fondo y de verdad, idea. Y su antecesor y en buena medida maestro, Fichte, calificaba a la naturaleza como *no-yo*, pero un *no-yo* puesto y creado simultáneamente con la posición del *yo* por sí mismo. Tanto en un caso como en el otro, usando una terminología que ya hemos empleado, la naturaleza está impregnada de humanidad.

No soy idealista y ni por asomo lo anterior puede servir para la defensa de una filosofía de esta clase. Cuando se crea algo, aunque dicha creación se realice por debajo del nivel de la conciencia, como los idealistas creían que acontecía con el mundo, de alguna manera el *yo* posee la oscura intuición de dicha creación. Y es el caso, que, tratándose de la naturaleza, o de una manera general, de la circunstancia, lejos de tener la impresión cada *yo* de que él de alguna forma la crea, lo que en verdad siente es que todo aquello le es impuesto, de que, con fatalidad y sin lo más mínimo él haberlo querido, todo lo que se le enfrenta le es dado. Cuando se apropia uno adecuadamente de los conceptos no importa ya que las expresiones no sean lo más precisas y ajustadas. Digamos, pues, en conclusión y resumiendo: nada idealista, pero no por eso el mundo deja de estar teñido de humanidad. Y quien dice mundo, dice *milieu*, *Umwelt* o medio ambiente.

De ese mundo lo primero que cabría decir de él es que el hombre que en él se halla inmerso lo siente como hostil. Ya justo nuestra común creencia en su existencia independiente débese a que nos hace resistencia. Porque nos *resisten* las cosas, para nosotros existen y *consisten* en esto o en lo otro. Pero resistir y oponerse es sentir como hostil a lo que me resiste y se me opone. Del mundo en torno las especies animales buscan el rincón de aquél en donde encuentran que la resistencia, esto es, la hostilidad, es menor y tratando de ajustarse y adaptarse a esa parcela del mundo hacen de ésta su *hábitat*. El hombre carece de *hábitat*, aunque no sea más que por el hecho de que, en principio, es capaz de vivir en cualesquiera regiones del mundo. Y no porque posea la enorme plasticidad de adaptarse a cualquier cosa, a cualquier medio ambiente, sino porque, a diferencia del animal, él no busca adaptarse nunca al medio sino al revés, su hacer y afán consiste en adaptar el medio a él. El quehacer pues, de animales y hombres frente al mundo es completamente distinto y aún opuesto.

A este sesgo diríamos que el hombre es el eterno descontento. Le hiere y duele de continuo el contorno porque lo siente hostil, mas en lugar de resolver este conflicto rebajándose y tratando de adaptarse a aquél, orgulloso y soberbio como trata más bien de hacer lo contrario, que el medio se ajuste a sus necesidades. De ahí, que el hombre dejaría de serlo, si en alguna medida no modificara el medio ambiente y modificarlo es en cierto modo destruirlo, irlo deteriorando poco a poco. He aquí un punto fundamental que debería estar presente en las discusiones de este coloquio.

Es esencial y necesario para el hombre cambiar, modificar y manipular el medio ambiente en cierto grado, y eso es, aunque sea en mínima parte, destruirlo. El problema es, pues: ¿Hasta dónde puede alcanzar esa modificación para que, a la larga, las modificaciones hechas para el logro del bienestar no se tornen en una hostilidad mayor, mucho mayor que la que se trata de evitar? Modificamos el medio para hacer menos graves y dolorosas sus espinas, pero el caso es que éstas pueden convertirse en puñales si traspasamos ciertos límites. El problema, sin embargo, está en dónde alcanzar dichos límites.

La hostilidad del mundo está, en buena medida, en razón directa de nuestras necesidades. Echamos mano de las cosas del mundo a fin de usarlas como medios para la satisfacción de dichas necesidades. En ese uso las modificamos y, a veces, incluso las destruimos. No hacerlo, sería, en cierto modo, retroceder a la barbarie, retrotraernos a algo que se acerca a la vida animal y en donde, por ende, en lugar de adaptar el medio a nosotros, nos adaptamos nosotros a él. Lo peor de todo esto es que las necesidades del hombre exceden con mucho a las necesidades meramente biológicas.

Desde el hombre del Neanderthal, es decir, desde hace 14.000 o 20.000 años el hombre está manipulando la naturaleza: talla o pule la piedra, trabaja la madera, y hasta graba dibujos con ingente esfuerzo en los colmillos de los grandes animales. Y cuando inventa la alfarería se preocupa tanto en decorar y dar ciertas formas complicadas a las vajillas y vasijas como en fabricar éstas simplemente para llenar su cometido de albergar líquidos, miel, agua, aceite o de contener ciertos granos. Más que en tejer telas o en aprovechar ciertas pieles para fabricar atavíos con que protegerse del frío o del calor, dedicó el primitivo una buena parte de su tiempo en elaborar toda clase de utensilios absolutamente innecesarios e inútiles desde el punto de vista de nuestras necesidades biológicas: narigueras, pendientes, brazaletes, máscaras, collares, etc., etc.

Si atendiéramos al esfuerzo que, en aquellas circunstancias, el hombre tuvo que emplear para proveerse de tantos objetos, indiferentes desde el punto de vista de su existencia animal, concluiríamos que ya entonces, en proporción, estaba tan inmerso como el hombre de hoy en lo que denominamos sociedad de consumo. Hoy al hombre común le cuesta menos esfuerzo proveerse de la enorme cantidad de objetos que posee para su disfrute que aquellos primitivos de hace miles de años para adquirir la media docena de baratijas con que se adornaban. Si medimos el valor que atribuimos a los bienes por el trabajo que estamos dispuestos a emplear para apropiarnoslos, concluiríamos que lo que el hombre más aprecia, hoy como hace quince mil años, es lo inútil.

Para el hombre, animal paradójico, lo más útil y de valor es lo más inútil. Hasta el punto que, vistas las cosas a este sesgo, ¿qué otra cosa es la historia de la humanidad, o mejor, de los distintos pueblos, que poco a poco, han ido pasando del primitivismo a la vida civilizada, sino el progresivo acrecentamiento, unas veces lento, otras a vertiginosa velocidad, como en nuestros días, del número de bienes creados para satisfacer necesidades, de conservación de la vida animal unas pocas, de distracción, de juego y lujo, las más? Tampoco creo que estas cosas o estos hechos más bien, que son verdad, vayan a pasarse por alto a la hora de reflexionar sobre el hombre y el medio ambiente en este coloquio.

En mis reflexiones sobre la vida humana hablo con abundancia de la circunstancia, claro es, por ser el otro *momento*, junto al yo, de toda vida. Y de cómo, puesto que el hombre aspira a ser feliz, al hallar que la circunstancia, tanto la humana como la física, le es, al menos parcialmente, hostil, su vida consiste en tratar de lograr aquella felicidad modificando, en la medida de sus fuerzas, una y otra circunstancias. En la consecución de ese fin lo primero que en mientes se le ofrece es intentar, puesto que no lo tiene, darse un ser. De ahí, el proyecto de vida que cada cual, en función de vocación y de las más o menos propicias oportunidades de la circunstancia, inventa o meramente escoge para sí.

Sobre esto han abundado, una y otra vez, los filósofos existencialistas. Lo que, en cambio, han pasado por alto es que, cada quien, consciente del carácter hostil de la circunstancia, procura sustituirla por otra en donde con más holgura y satisfacción pueda morar el día de mañana, cuando con sus quehaceres logre, al fin, ser ya, esto es, actualizar, el proyecto de vida cuyo papel anhela representar. De tal modo, que en realidad, cada uno de nosotros tiene, como finalidades principales que llevar a cabo, dos proyectos: uno, particularísimo, el de aquello que desea llegar a ser y otro, más general, válido para él y para los demás, el de una circunstancia más plácida y menos hostil, en la que acaso solo sea posible y viable el primer proyecto, el privado y particular de uno mismo.

Estamos, pues, acicateados por estos dos deseos: el de ser el día de mañana como ya hoy vislumbramos, en gracia a nuestra imaginación prospectiva, y el de que también la circunstancia actual, que tanto nos oprime, sea otra. Esa circunstancia otra, más benévola, en donde sea más grato morar, acostumbro a llamarla, por eso precisamente, *morada*.

Usando de grandes generalizaciones me atrevería a sostener que, durante milenios, hasta bien entrados los tiempos históricos y aún después, los hombres estuvieron

preocupados, en primera línea, por paliar los rigores, asperezas y trabas de la circunstancia física. La circunstancia humana en que se hallaban los otros hombres de la tribu o del clan, así como las instituciones simplísimas que allí existían no herían hasta el punto de reclamar una reforma. Inundaciones y sequías, escasez o abundancia de pastos y de caza, frío y calor, etc.; mantenían tensa la tensión de las gentes y a hacer menos lacerantes o dolorosos los excesos se dirigían sus esfuerzos de reforma. Construir una morada física más amable era, en fin, lo que se pretendía.

Como los medios de que por entonces disponían los hombres para lograr una transformación así del medio ambiente físico eran muy pobres, dolíanse ante la conciencia de la dificultad enorme de construir una nueva morada con que subsistir, y, de ahí, el que soñaran con un paraíso o edén en la otra vida, como compensación a esta dura realidad física tan cercana, que dolía, pero que tan difícil era de cambiar. Sartre decía en *Huis-clos* que «el infierno son los otros», esto es, la circunstancia humana. Lo contrario, el paraíso, no ha sido nunca en cambio concebido como un edén humano, como una sociedad amable, acogedora y sin problemas, sino como un jardín, como un vergel de flores, que es justo lo que significa la palabra griega *paradeisos*, paraíso, lugar plantado de árboles en donde pastan placenteros los animales. Grata morada de ultratumba en vista de lo áspera que acostubra -sobre todo para el primitivo- ser la realidad.

Mas con la civilización, esto es, la vida en la ciudad, el contorno humano, por lo general, volviöse más áspero y doloroso que el físico. Y entonces los hombres en lugar de soñar paraísos comenzaron a embriagarse de utopías. Estas vislumbrábanse como sociedades humanas más amables, y sobre todo, más justas, en las que fuese mucho más grato morar. A lo largo de la historia, unos, los hombres de ideas, Platón, Aristóteles, Polibio, Campanella, Bacon, Moro, etc.; complacieron en delinearlas imaginativamente y en proponerlas como modelos. Otros, las gentes de acción, los revolucionarios de todos los tiempos, lucharon por sustituir la morada actual por aquella otra soñada y propuesta como modelo ideal por los hombres de pensamiento.

Con la civilización y con los medios técnicos que ella trabajó consigo el medio ambiente físico dejó casi de ser problema para los hombres. Mas, en la medida en que esto acontecía, el otro, el medio humano, comenzó a llenarles de preocupación y desasosiego. Y en esa estamos, porque es más difícil modificar al hombre que modificar a la naturaleza. Conociendo a ésta, se la domina y de ahí el prodigioso desarrollo de la técnica actual. Pero el saber psicológico, antropológico o sociológico, a pesar de sus pretensiones, no logra, ni con mucho, lo que el tecnólogo sí consigue ayudado por el saber del físico o del hombre de ciencia en general. Asistimos hoy al derrumbamiento de moradas humanas que se construyeron con altos grados de ilusión, pero que, sin que mediara el ataque de nadie desde afuera, hicieron gala de su interna debilidad.

En medio de la desilusión producida por el espectáculo de tantas moradas humanas fallidas, vuelve a surgir, hoy, como en los viejos tiempos, la preocupación por el ambiente físico que se nos muestra más hostil cada día: con la atmósfera más contaminada que nunca, con tierras que se van erosionando y quedando desérticas por las talas de árboles y la ausencia de lluvias, de mares, de ríos y de lagos que van acrecentando el nivel de contenidos tóxicos, de fuentes de energía que se van agotando y de otras que, debidas al ingenio del hombre, amenazan con el envenenamiento de la atmósfera y con la futura destrucción del hombre como especie.

A diferencia de otros tiempos, estos males, hoy, son globales y no son cosa de una región o de otra, de aquí o de acullá. Por eso también la preocupación y la angustia son de todos. Nuestra obsesión hoy por el medio ambiente físico tiene sin embargo, signo distinto a la de los hombres de las viejas edades prehistóricas. No nos importa tanto el medio físico cuanto lo que el hombre, gran depredador, ha hecho con él. Mas el caso es, y esto es lo triste, que ese deterioro de la naturaleza por la acción del hombre, en buena parte es necesaria si repararíamos en el hecho de que, como nunca antes en la historia, la multiplicación de los hombres en los últimos tiempos se lleva a cabo a un ritmo febril, sin precedentes. Los hombres de Europa, en la época de los pintores de Altamira, no pasarían de unas pocas decenas de miles. Ya en tiempos de la República Romana, la población del viejo continente calculábase en unos 180 millones de habitantes. Dos mil años después, hacia 1800, se mantenía aproximadamente esa misma cifra.

Sin embargo, ya en 1900, es decir, en el transcurso de 100 años, la población se había triplicado y rondaba por los 550 o 600 millones. Se triplica en un siglo mientras había permanecido estática durante dos milenios. Con escasa población es fácil mantener limpio e incontaminado el medio ambiente. Máxime si se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de la humanidad, hasta hace relativamente muy poco, ha vivido en el campo, desperdigada en una multitud de pequeñas agrupaciones humanas, villas, pueblos, aldeas, caseríos, de unas cuantas docenas de familias cada uno. Por razones que no son ahora del caso, desde el siglo pasado y con mucho más énfasis en el nuestro, esa preeminencia del campo sobre la ciudad cambia y asistimos al nacimiento de multitud de megalópolis. Es fácil entender que las lesiones que al medio ambiente se hacen, aunque no sea más que por lo ingentes desechos que estas desmesuradas poblaciones traen consigo, ahora, son muy grandes.

Ya he hecho hincapié en otros escritos en la irracionalidad, desde tantos y tantos puntos de vista, que supone el que países con grandes territorios y con escasa población relativa, como es el caso de una gran parte de los países de este continente, tengan concentrada la casi mitad de ésta en las inmensas capitales. Con dos millones de kilómetros cuadrados de territorio y una población poco más de 30 millones de habitantes, Argentina concentra en su capital, Buenos Aires, a la casi mitad de esa población. Aparte de las multitudes de males de todas clases que estas aglomeraciones humanas anormales traen consigo, la alteración del medio ambiente físico ocupa un lugar principalísimo. De ahí, que hablase que esto último es un mal necesario, aunque no sea más que por el aumento desmedido de la población. Y si al aumento considerable se añade la mala distribución de esta misma población, entonces el deterioro de dicho ambiente se hace aún más notorio.

Y a este propósito, ¡qué contraste con lo que dice un gran humanista y economista moderno, el suizo Wilhem Röpke!: «Los centros de cultura del pasado, que como Florencia, Ginebra o Weimar, eclipsan a cualquier gran ciudad moderna, fueron, con arreglo a las concepciones actuales, villorrios, y sin embargo, en manera alguna se puede comprender por qué, aún hoy, el máximo absoluto de una ciudad completa, sana y que llene todas sus funciones, no pudiera consistir en una de 50 o 60 habitantes, y todo lo que excediera de esta cifra ser considerado perjudicial.» Y también: «el reconocimiento de que la gran ciudad moderna es un producto enteramente patológico, se extiende cada vez más y conduce a la legítima conclusión de que la supresión de este producto tiene que ser uno de los principales objetivos de la reforma de la sociedad».

Röpke está pensando al hablar así, en que las principales y más graves lacras de la sociedad de hoy, la pérdida de valores que se traduce en hechos como la prostitución, el alcoholismo y el uso y abuso de drogas, los delitos contra la propiedad, los crímenes contra las personas, la violencia en toda sus formas, etc.; tienen en la ciudad desmesurada su especie de excelente y adecuado campo de cultivo y que por ende, desaparecerían o, al menos, disminuirían drásticamente, nada más que con el simple hecho de redistribuir a la población. Pero yo pienso, y con esto concluyo, que lo mismo cabría profetizar en relación con el actual deterioro del medio ambiente.

Hoy, desgraciadamente, detrás de la generalizada preocupación por los problemas ecológicos late un trasfondo político e ideológico, como si los atentados que el hombre comete contra el medio físico debieran principalmente a la vigencia de tal o cual sistema político y económico. Pero día llegará en que estos asuntos se aborden con sinceridad, sin ulteriores designios para ganar partido a favor de unas ideas u otras, como problema simplemente en que los hombres se están jugando el porvenir de su descendencia. Y cuando eso ocurra, estoy seguro que ocupará el centro de atención de las gentes, como medio para aliviar el deterioro del medio ambiente, el absurdo de las gigantescas urbes de hoy y se estudiarán entonces las medidas para hacer una redistribución más racional y justa del hombre sobre la tierra. Solo con eso, se evitarían los más de los males de nuestro tiempo y estaríamos en las puertas de un nuevo humanismo.